

Universidad Nacional de Córdoba

Facultad de Filosofía y Humanidades

Especialización en Enseñanza de la Lengua y la Literatura

Seminario Literatura Argentina

“Fronteras socio-político-culturales y representaciones identitarias en la literatura argentina”

Doctora Andrea Bocco

**Identidades literarias de frontera:
Propuesta de lectura, excursión y enseñanza**

Forgiarini, María Alejandra

Marzo de dos mil once

Palabras iniciales

“La cautiva es una metáfora de una frontera que se desplaza pero que nunca llega a desaparecer”.
Cristina Iglesia

Los textos son constituidos, construyen y permiten la construcción de multiplicidad de sentidos que influyen sobre la identidad personal y social. Pero, ¿qué sucede cuando esa construcción se convierte en imposición? ¿Y cuando esto sucede en el ámbito escolar?

Si nos parece que estos interrogantes son descabellados, sólo agudicemos la mirada e ingresemos al entramado de una obra tan emblemática como “*La Cautiva*”, de Esteban Echeverría¹. Emblemática porque, además de formar parte del canon nacional, es uno de los textos fundantes de la literatura argentina y, dentro de este campo, de la llamada “literatura de frontera”. Por la primera, es clave en la representación de la identidad nacional². Por la segunda, en la configuración de las identidades que circulan en esa zona simbólica y física que es la frontera. Nos centraremos en dos de ellas: la cautiva y el indio.

Al respecto, nos parece interesante detenernos en el título del poema, que centra su atención en la protagonista María, a quien identificamos con la cautiva a la que alude. En el texto leemos: “Allí está su amante herido/mirando al cielo, y ceñido/ el cuerpo con duros lazos (...)/Cautivo está...” (“*El puñal*”, p. 35). Brian es víctima del rapto, pero el título lo omite, centrando su atención en la mujer que llega a ser la heroína del relato.

Para comprender esta tensión entre los géneros, es necesario repasar el contexto histórico en que se escribió, los enfrentamientos entre unitarios y federales, junto a la tiranía de Rosas. Entre los intelectuales que se oponían a éste, comienza a operar una feminización del discurso, que concibe a la mujer como fuente de resistencia, resignificando su lugar simbólico en la construcción de la nación. Es por eso que, citando a Masiello, en “*La Cautiva*”, “...la mujer absorbe el peso de la responsabilidad masculina en una época en que los verdaderos hombres están derrotados”.³

Ahora bien, quiénes son los “verdaderos hombres derrotados”: ¿los unitarios o los federales?, ¿los rosistas o los antirrosistas?; y, frente a esto, ¿qué lugar ocupa el indio? Es aquí donde comienzan los cuestionamientos. Pues, las respuestas corresponden a los intereses de la elite unitaria, pero también federal: legitimar el modelo blanco y

¹ ECHEVERRÍA, E. (2006): “*La cautiva*”, en *La cautiva-El matadero*. Ed. Terramar. La Plata.

² ROTKER, S. (1999): *Cautivas. Olvidos y memoria en la Argentina*. Ariel. Buenos Aires. Pág. 117.

³ MASIELLO, F. (1997): *Entre civilización y barbarie. Mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*. Beatriz Viterbo. Rosario. Pág.41.

civilizado de la nación. Desde esta perspectiva leemos los siguientes versos pertenecientes al reencuentro entre María y Brian:

“...- ¿Eres alguna alma/ que pueda y deba querer? / ¿Eres espíritu errante/ ángel bueno, o vacilante/ parto de mi fantasía?/

- Mi vulgar nombre es María. / Ángel de tu guarda soy (...)/. Advierte que en este acero está escrito/ mi pureza y mi delito,/ mi ternura y mi valor./ Mira este puñal sangriento/ (...) diómelo para matar/ al salvaje que insolente ultrajar mi honor intente (...)/ Y tu vida, (...)/ sacar de las fieras manos / de estos tigres inhumanos/ o contigo perecer...” (“*El puñal*”, pp. 36-38)

Mujer blanca, civilizada y pura, como ángel bueno, enfrentada al indio bárbaro, despreciable como tigre inhumano. Se trata de un drama que ya está presente en la historia de Lucía Miranda, incluida en “*La Argentina manuscrita*” de Rui Díaz de Guzmán (escrita hacia 1612, publicada por Pedro de Angelis en 1836), y que fue reescrita por diversos autores; todos los cuales colaboraron a configurar a la frontera como una división entre lo bueno y lo malo, el blanco y el indio, la civilización y la barbarie.⁴ Más aun, como un límite infranqueable, pues el contacto con el otro supone contagiarse de su “impureza”.

Desde esta interpretación, que ha circulado durante mucho tiempo, para no decir que lo sigue haciendo, se llega a justificar las acciones llevadas a cabo por la cultura blanca-española para reducir a la del otro-bárbaro; desde la Conquista hasta la Campaña al desierto. De esta manera, surgen las identidades estereotipadas del héroe y el villano de la historia nacional.

Sin embargo, si agudizamos la mirada, descubriremos un narrador (y detrás de él, un autor) que esboza la imagen de una realidad que es mucho más compleja que cómo se la presenta. Una realidad que supera las dicotomías del relato, las corrompe y las pone en tela de juicio.

Frente a esto, nosotros, como docentes y como lectores, debemos animarnos a cruzar la frontera e ir más allá de “*La Cautiva*” de Echeverría para encontrarnos con otras cautivas, otros cautivos, otros indios, otras voces que nos den su testimonio. La propuesta, entonces, es complejizar la lectura del poema canónico con la inclusión de otros fragmentos de la literatura de frontera.

A continuación, algunas posibles incursiones a realizar.

⁴ IGLESIA, C. y SCHVARTZMAN (1997): *Cautivas y misioneros. Mitos blancos de la conquista*. Catálogos editora. Buenos Aires.

Una posible excursión...

“Hay muchos modos de pensar la frontera.
Es un lugar de encuentro, de enfrentamiento,
de intercambio, de contagio,
de ambigüedad, de expansión, de tráfico.
Todo depende del ojo que la mira,
de la pluma que escribe la frontera”.
Susana Rotker

Empecemos por preguntar sobre ¿quiénes habrán sido Brian y María? El nombre de origen inglés de él, que algunos vinculan con una adaptación de Byron, citado al inicio del poema; y el de ella, casto y puro, relacionado con la virgen, cristiano por excelencia; nos hacen pensar, por un lado, en una pareja de colonos; por el otro, en un soldado y su esposa. Esta última es la que sostiene el poema: “Mi brazo ha sido [sostiene Brian]/ terror del salvaje fiero: / los Andes vieron mi acero/ con honor de resplandecer” (“*Brian*”, p. 76).

Con pocas palabras se pinta a un héroe de la patria, ya que afirma haber estado en batallas por la independencia. Sin embargo, entre esta imagen y la del soldado de la frontera hay una distancia considerable, un vacío que necesita ser llenado. Para intentar completarlo, incorporaremos el testimonio de Eduardo Gutiérrez, quien escribió *Croquis y siluetas militares*⁵ para “...hacer conocer al pueblo sus más leales soldados”, tal como se sostiene en el Prólogo.

“ Ustedes, que creen que el militar en la frontera pasa una vida napolitana, tendido panza abajo o panza arriba, rascándose la punta de la nariz, no tendrían para desengañarse, más que asomar la nariz por la frontera en una de esas madrugadas afeitadoras.

(...) Allí no hay placeres, no hay dulzuras, no hay nada que pueda halagar el corazón o el espíritu.

Se vive lejos de toda caricia, como un parásito, sin más mañana que la lanza de un indio, ni más ayer que el hambre pasada o continuada.

(...) La alimentación es poca y mala, la leña escasea, el proveedor especula (...) y el sueldo no lo recibe el soldado, sino el pulpero.

(...) Todo su equipaje, tanto del oficial como del soldado, está en el recajo donde va montado.

Ésa es su casa (...); ésa es su mesa (...). Y duerme así (...) como duerme sobre su caballo” (“*La vida de frontera*”, pp. 244-246)

“Es nuestro soldado de línea el modelo de abnegación, llevado a su último límite.

(...) Él sabe que las penas corporales están suprimidas, pero sufre las estacas, el cepo colombiano y los palos con la misma resignación que ha sufrido el hambre y la miseria.

(...) El soldado de línea ingresa a nuestro ejército por dos caminos enganchado o condenado al servicio de las armas.

⁵ GUTIÉRREZ, E. (1956): *Croquis y siluetas militares*. Hachete. Buenos Aires.

En uno otro caso ve expirar el término de su servicio sin que el gobierno o su jefe inmediato se acuerden de darle de baja.

(...) Y el soldado de línea lleva aquella vida desesperante y heroica hasta que la vejez o las heridas obligan al gobierno a darle de baja para que vague [por] nuestras calles muriendo de hambre y en la más monstruosa de las miserias.

Atajen a cualquiera de esos soldados cubiertos de cicatrices y pregúntenle cuántos meses le debe el gobierno: ¡sólo ellos son capaces de haber llevado la cuenta!” (“*El soldado de línea*”, pp. 240-242)

El mismo espíritu de denuncia está presente en la voz del comandante Manuel Prado en *La guerra del malón*⁶, haciendo hincapié en que “...aquellas épocas- y no pertenecen a la edad de piedra, ni siquiera a la de bronce- han sido ya olvidadas y con ellas los pobres y heroicos milicos cuyos restos blanquean acaso confundidos con las osamentas del ganado, a orillas de las lagunas o en el fondo de los médanos” (p. 9). De acuerdo con su experiencia, relata:

“ Mientras íbamos viendo las rancherías del pueblo, y mientras el traqueo del patrio no hacía efecto en mi pobre humanidad, todo me parecía hermosos y agradable. Hasta llegué a pensar que la vida de soldado en la frontera no debía ser tan mala como la pintaban.

Pero a los dos o tres días de marcha, cuando no se veían en el horizonte más que los tallos secos de los cardos; cuando el trote informe de mi cabalgadura empezó a parecerme modesto y enseguida mortificante; cuando, sobre todo, me apercibí de que allí no había más remedio que aguantar y callar, me invadió una tristeza profunda y... lloré” (“*En la frontera*”, pp. 37-38)

“ Ya no hay memoria de aquellas viejas defensas que protegían la pampa, y ya ni el recuerdo existe de los individuos que la ocupaban.

Era la primera fuerza miliar que veía yo en el servicio de la frontera y confieso que aquello me aterró. La impresión del fortín, grosero montículo de tierra rodeado por un enorme foso, me dio frío. Al aproximarnos vi salir de unos ranchos, que más parecían cuevas de zorros que vivienda humana, a cuatro o cinco milico desgredados, vestidos de chiripá todos ellos; con alpargatas unos, con botas de potro los demás; con el pelo largo, las barbas crecidas, la miseria en todo el cuerpo y la bravura en los ojos.

(...) En el fortín no había en aquel momento, ni con qué darle de comer a un mosquito. (...) Teníamos que conformarnos con lo único disponible: té pampa y...buena voluntad” (“*En la frontera*”, pp.40-41)

“ El depósito del regimiento 3º de caballería de línea, destacado en la frontera norte de Buenos Aires, primero línea, cabía en una carpa mugrienta y reducida. Es verdad que tampoco era gran cosa: un par de cajones grandes con quepis usados, con botas deshechas y deshermanadas, con algunas camisas y calzoncillos, milagrosamente sin usar, unas cuantas chaquetillas y pantalones de sospechosa limpieza y luego un montón de carabinas, de sables, de cajas de munición, una trapería y no un depósito”. (“*En la frontera*”, p. 44).

⁶ PRADO, M. (2007): *La guerra del malón*. Claridad. Buenos Aires.

“ En verdad que en los fortines el peligro era mayor; pero, ¿acaso no lo había también en el campamento? (...)

¡Y si quiera dieran la baja al soldado cumplido! ¡Pero qué! Se cumplía y era lo mismo que nada. El gobierno ajustaba doble sueldo a los soldados cumplidos, mas, ¿cuándo se veían esos sueldos? Y si llegaba el comisario con dos o tres meses de los más atrasados se iban en un soplo, camino a la pulpería.

(...)Hoy en aquellos lugares donde tanto hemos sufrido, se levantan ciudades prósperas y ricas; el trigo crece en la pampa exuberante de vicio, abonada con la sangre de tantos pobres milicos y, en cambio, los hijos de éstos no tendrán, acaso, un rincón donde refugiarse, ni un pedazo de pan con que alimentarse allí mismo, en ese antiguo desierto que sus mayores conquistaron y que otros más felices, o más vivos, supieron aprovechar” (“*La vida en el campamento*”, pp. 46-47)

Lejos de la heroicidad que se derrama sobre Brian, en estos testimonios hay un reclamo por el reconocimiento por parte de la Historia hacia esos hombres que lucharon en la frontera.

Y junto a los hombres, también hacia las mujeres que los acompañaban y que parecen haber quedado ocultas tras el romántico “ángel del hogar” con que identificamos a María.

Prado recuerda la rudeza a las que debían enfrentar, aun en su maternidad:

“ Una mañana (...) circuló la noticia de que una mujer acababa de dar a luz a un niño en medio del camino. (...)

Efectivamente, recostada en el tronco de un chañar, sobre el poncho que un buen soldado había tendido, vimos a la mujer del cabo Gómez que envolvía en no muy suaves pañales al hijo que le llegaba en tan inoportuno momento. Auxiliada (...) la enferma fue subida a caballo (...) y consiguió llegar al lugar en que la división acampó.

(...) Bien es cierto que el cabo Gómez había pasado la noche dándole a su compañera, para que echara nuevas fuerzas, caldo de piche con bastante maíz hervido.

Cuando ocho días más tardes nos adelantamos (...) por llegar a Choele Choel el 24 de mayo por la tarde, la mujer de Gómez no quiso quedarse a retaguardia. Marchó con nosotros, y con nosotros llegó, sin dar estorbo ni trabajo, al término de la expedición” (“*La mujer del cabo Gómez*”, p.123)

Más significativo es leer lo que ha escrito Gutiérrez en capítulo justamente titulado “*Amor de leona*”:

“...En el destacamento iba el cabo Ledesma, acompañado como siempre de su anciana madre, el sargento primero Carmen Ledesma, que no lo desamparaba un momento.

(...) Y era curioso ver cómo aquel gigante de ébano respetaba a mama Carmen, en su doble autoridad de madre y sargento.

(...) Al bajar un medano (...), se sintió un inmenso alarido y el piquete se vio envuelto por un grupo de más de cien indios, que sin dar tiempo a nada cargaron sobre los soldados con salvaje brío.

(...) Un grito inmenso se escuchó a la derecha del grupo. (...)

Era mama Carmen, a cuyo lado acababan de dar dos lanzazos de muerte a su hijo Ángel.

La negra arrancó a su hijo el cuchillo de la cintura, y como una leona saltó sobre los indios, a uno de los cuales había agarrado la lanza.

Éste desató de su cintura las boleadoras y cargó sobre la negra a golpe seguro.

(...) Indio y negra, formando un solo cuerpo que se debatía en contorsiones desesperadas, habían rodado al suelo.

(...) A los pocos segundos se escuchó algo como un rugido y se vio a la negra desprenderse del grupo y ponerse de pie, mientras el indio quedaba en el suelo, perfectamente inmóvil: el puñal de la negra le había partido el corazón.

(...) La pobre negra miró a su hijo con un amor infinito, le cerró los ojos y sin decir una palabra lo acomodó sobre el caballo (...).

(...) Se acercó al indio que ella había muerto y con tranquilidad aparente le cortó la cabeza, que ató a la cola del caballo donde estaba atravesado su hijo.

(...) A la siguiente noche y a la derecha del campamento, se veía una mujer que, sable al hombro, paseaba en un espacio de dos varas cuadradas. Era el sargento Carmen Ledesma, que hacía la guardia de honor al cabo Ángel Ledesma, enterrado allí.” (*“Amor de leona”*, pp.147-148)

“Anciana madre”, “negra”, “sargento”, “leona” son calificativos que permiten comprender la lejanía que hay entre esta mujer y la heroína de Echeverría. Cuánta diferencia entre María, que termina muriendo en su dolor de madre y esposa, y mama Carmen, que tiene la fortaleza para vengar y resistir a la muerte de su hijo.

Pasemos ahora a la cuestión de los cautivos y las cautivas que, aunque parezca paradójico, están casi ausentes en *“La Cautiva”*. Indaguemos sobre esos cuerpos que, tras el rapto, atraviesan la frontera y toman contacto con el otro, el indio.

Se destaca lo documentado por Santiago Avendaño⁷, ex cautivo que rememora:

“ Yo, Santiago Avendaño, fui raptado por una invasión de indios ranquilches en un establecimiento rural al sur de la provincia de Santa Fe, el día 5 de marzo de 1842. Tenía entonces 7 años, 7 meses y 21 días cuando fui arrancado a mis padres.

(...) Al cabo de unos días de angustias y padecimientos llegué a parar a la casa del cacique Caniú (o Caniú-Cal). Éste llegó a quererme como a un hijo y yo también le daba el nombre de padre. (...)

Permanecí en esta tribu 7 años, 7 meses y 14 días, hasta que busqué mi salvación en la fuga...” (*“Una página autobiográfica de Santiago Avendaño”*, pp. 89-90)

Es importante agregar que en el momento del rapto, Avendaño ya sabía leer. Para Graciela Batticuore este saber es el “instrumento indispensable para la supervivencia moral”, “un capital que lo vuelve un sujeto cotizado”, “un atributo que lo convierte en protagonista involuntario de las ‘maravillas’ que depara la vida en la barbarie”⁸. Así lo relata él:

⁷ HUX, M. (1999): *Memorias del excautivo Santiago Avendaño*. El elefante blanco. Buenos Aires.

⁸ BATTICUORE, G., L. El Jaber y A. Laera (comps.). (2008): *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*. Beatriz Viterbo. Rosario. Pág. 147.

“Ellos creían ver un prodigio cuando me veían leer con tanta soltura pues para mi edad, según los indios, esto era mucho saber. (...) En aquellos años era imposible para los indios arrastrar al cautiverio a criaturas medianamente cultas, pues la civilización aún no se había desarrollado en las clases pobres de la sociedad y menos entre los pobladores de la campaña, que eran siempre la presa de las continuas invasiones.

(...) Así fue que, tan luego como se había logrado la captura de un cristianito que hablaba con el papel (quim-chillcatulú), todos mostraron una curiosidad inexplicable. (...) El indio (Caniú) que me poseía se creía poseedor de una criatura con mucha importancia, porque se destacaba por su despejo, memoria y claridad en la expresión. Era una excepción entre los demás cautivos” (citado por Batticuore, p. 148)

Añadimos que posteriormente el saber la lengua española y la de los ranqueles le permitirá desempeñarse como lenguaraz, mediador entre uno y otro lado de la frontera. Precisamente, es el contacto con el otro y el cruce lo que configurará su identidad.

Por otro lado, es una excepción entre los demás cautivos, en tanto su testimonio es uno de los pocos que ha llegado hasta nosotros. Especialmente, en relación con las mujeres cautivas, las cuales no han dejado registros de su autoría que hayan sido conocidos públicamente. Susana Rotker atribuye esto no sólo al analfabetismo de muchas de ellas, de origen rural, sino principalmente a que “...el problema no tocaba de cerca de los letrados ni poderosos o que la población de la frontera era prescindible”⁹. Se impone el silencio y, a diferencia de María, el borramiento de esas mujeres. En consecuencia, lo que podemos conocer sobre su vida es a través de lo que otros hayan escrito sobre ellas.

Tal el caso de Lucio V. Mansilla quien en *Una excursión a los indios ranqueles*¹⁰ registra algunos encuentros con estas mujeres. A continuación, tres de éstos:

“[Una cautiva de la que se omite el nombre] me refirió entonces que era de San Luis, que durante un tiempo había vivido con un indio muy malo. Que éste había muerto a consecuencia de heridas recibidas en la última invasión que llevaron los ranqueles al río Quinto (...); y que no habiendo dejado herederos, Baigorrita la había recogido y se la había dado al mayor Colchao, montonero de la gente del Chacho, refugiado en Tierra Adentro. Agregó que Colchao era muy bueno y que ahora era feliz.

- Vea, señor- me decía-, cómo castigaba el indio.

Y mostraba los brazos y el seno cubiertos de moretones empedernidos y de cicatrices. -Así- añadía con mezclada expresión de candor y crueldad- yo rogaba a Dios que el indio echara por la herida cuando comiere. Porque tenía un balazo en el pescuezo y por ahí se salía todo, envuelto con el humor y...

Me dio asco aquella desdichada, cuyos ojos eran hermosísimos. Tenía una lubricidad incitante en la fisonomía.” (Cap. XLV, pp.251-252)

⁹ ROTKER, S. (1999): *Ob. cit.* Pág. 80.

¹⁰ MANSILLA, L. V. (2004): *Una excursión a los indios ranqueles*. Agebe. Buenos Aires.

“ Una mujer joven y hermosa, demacrada, sucia y andrajosa se presentó diciendo con tonada cordobesa:

(...)

-Vengo a pedirle que me haga el favor de hacer que los padrecitos me den a besar el cordón de nuestro padre San Francisco.

(...) Al verlos entrar, la desdichada Petrona Jofré se postró de hinojos ante ellos (...).

(...) Partía el corazón verla y oírla.

Calmose poco a poco y nos relató la breve y tocante historia de sus dolores. (...) La vida de aquella desdichada de la Cañada Honda, mujer de Cruz Bustos, era un verdadero vía crucis.

La tenía un indio malísimo llamado Carrapí.

Estaba frenéticamente enamorado de ella, y ella resistía con heroísmo su lujuria.

De ahí su martirio.

- Primero me he de dejar matar, o lo he de matar yo, que hacer lo que el indio quiere- decía con expresión enérgica y salvaje.” (Cap. LXV, pp. 374-375)

“ Es fama de que Ramón [cacique] ama mucho a los cristianos, lo cierto es que en su tribu es donde hay más.

Una de sus mujeres, con la que tiene tres hijos, es nada menos que doña Fermina Zárate, de la villa de la Carlota. La cautivaron siendo joven, tendría quince años; ahora ya es vieja.

(...)

- ¿Y por qué no se viene usted conmigo, señora?- le dije.

- ¡Ah! Señor- me contestó con amargura- ¿y qué voy a hacer yo entre los cristianos?

- Para reunirse con su familia (...).

- ¿Y mis hijos, señor?

- Sus hijos...

- Ramón me deja salir a mí, porque realmente no es mal hombre; a mí al menos me ha tratado bien, después de que fui madre. Pero mis hijos, mis hijos no quiere que los lleve.

(...) Ella prosiguió:

- Además señor, ¿qué vida sería la mía entre los cristianos después de tantos años que faltó de mi pueblo? Yo era joven y buena moza cuando me cautivaron. Y ahora ya ve, estoy vieja. Parezco cristiana, porque Ramón me permite vestirme como ellas, pero vivo como india; y francamente, me parece que soy más india que cristiana, aunque creo en Dios, como que todos los días le encomiendo mis hijos y mi familia.

- ¿A pesar de estar usted cautiva cree en Dios?

- ¿Y Él qué culpa tiene de que me agarraran los indios? La culpa la tendrán los cristianos que no saben cuidar sus mujeres y sus hijos.” (Cap. LXV, pp. 373-374)

Los dos primeros fragmentos subrayan la marginalidad de las cautivas, haciendo hincapié en sus cuerpos violentados por el indio. Cabe decir que él es que tiene el poder sobre los cautivos en general, los que son considerados “*cosas*” (L.V. Mansilla, Cap. XLI), ya sea como moneda de cambio o como instrumento empleado para satisfacer las necesidades domésticas y el placer del indio. Porque a pesar de que se lo intenta silenciar, se hace evidente que el cuerpo de la cautiva implica la confluencia entre el poder y el deseo pasional, a tal punto que la hibridez se hace inevitable.

En relación con esto, el testimonio de doña Fermina enfatiza la imposibilidad de regresar al espacio de sus orígenes; a causa del afecto a sus hijos, esos blancos-indios o

indios-blancos, como el que circula errante por el territorio ranquel (L.V. Mansilla, Caps. XI, XXVI, LXI). Pero principalmente, por la sanción que le espera del otro lado de la frontera, el estigma de la contaminación inaceptable con el otro-indio. Además, se evidencia el grado de hibridez que se efectúa en la identidad de la mujer, “más india que cristiana”. Desde esta posición, establece una denuncia hacia la civilización blanca, que parece ignorar, olvidar u ocultar lo sucedido a los cautivos, quienes pasan a ser sólo una cifra o un tabú.

Lejos de la heroicidad de María, las cautivas son sujetos marginales que no pertenecen ni a uno ni al otro lado de la frontera. Se mueven en los bordes del blanco y el indio, la civilización y la barbarie. O más bien, en el centro de las tensiones originadas por la confluencia de las dos culturas.

Nos detengamos ahora en la figura del indio, ese “tigre inhumano” que describe Echeverría. Si bien en algunos de los fragmentos analizados se los ubica en un rol antagónico al asesinar al soldado o al someter a los cautivos, prácticas que, por otro lado, también las realizaban los blancos hacia los indios; en otros testimonios se evidencia un tono afectivo al considerarlo “padre”, en el caso de Avendaño, o “esposo bueno”, en el de doña Fermina. Comienza a operar una humanización que rompe con la concepción tradicional y estereotipada.

A continuación, proponemos leer el siguiente fragmento del coronel Prado:

“Un día -el pueblo que debía llamarse Avellaneda estaba perfecta y totalmente definido- empezaron a subir las aguas del río. Nadie prestó atención al fenómeno, en primer lugar porque a nadie se le ocurrió pensar en lo peligros de una inundación y luego, porque en contra de los anuncios y del parecer de un indio, teníamos la opinión de un ingeniero. Sostuvo el bárbaro que aquellos lugares se inundaban alcanzando el agua en ellos considerable altura; pero el hombre de ciencia demostró por a+b que el salvaje era... un salvaje, y el pueblo se trazó donde él quiso.

(...) El agua seguía subiendo.

(...) El 17 de julio amanecimos rodeados completamente por el agua. La creciente se extendía por todo el valle y era imposible pensar en la salida”. (*“La inundación”*, pp. 127-128)

Prado reivindica el saber del indio y se rompe así con el barbarismo asignado por la sociedad blanca. Lo mismo hace Mansilla en varios de los episodios de *Una excursión...*, como el siguiente:

“[Mariano Rosas] Se levantó entró en el toldo y volvió trayendo un cajón de pino, con tapa corrediza.

Lo abrió y sacó de él una porción de bolsas de zaraza con jareta. Era su archivo.

Cada bolsita contenía notas oficiales, cartas, borradores, periódicos. Él conocía cada papel perfectamente.

(...) Revolvió su archivo (...) y sacó (...) un impreso muy doblado y arrugado, revelando que había sido manoseado muchas veces.

Era la Tribuna de Buenos Aires.

En ella había marcado un artículo sobre l ferrocarril interoceánico.

Me lo indicó diciéndome:

-Lea, hermano.

(...)

-Ya sé, hermano, de lo que se trata.

-¿Y entonces, por qué no me es franco?

-Cómo franco.

--Sí, usted no me ha dicho que nos quieren comprar la tierra para que pase por el Cuero un ferrocarril” (Cap. XL, pp. 225-226)

La mirada de estos militares legitima al indio, en tanto sujeto de saber que conoce a la sociedad blanca más de lo que ésta conoce de él. Se evidencia entonces que la frontera supone un inminente contacto entre uno y otro lado.

Frente a esto, un fragmento del perito Moreno¹¹:

“ Cerca de la comisaría nacional está situado el cementerio de la colonia (del Gainman) y en él había sido inhumado (...) mi amigo Sam Slick, buen tehuelche, hijo del cacique Casimiro Biguá.

(...) A mi llegada supe su desgracia, averigüé el paraje en que había sido inhumado y en una noche de luna exhumé su cadáver, cuyo esqueleto se conserva en el Museo Antropológico de Buenos aires; sacrilegio cometido en provecho del estudio osteológico de los tehuelches.

Lo mismo hice con el cacique Sapo y su mujer (...). Con esto objetos y los anteriores quedé satisfecho sobre este punto importante de mi viaje.” (Citado por Ernesto Livon-Grosman, pp.119-120)

Moreno reduce al indio a objeto de estudio y justifica su sacrilegio, como le llama, atendiendo al desarrollo de la ciencia, de la civilización. Ahora bien, atendiendo a estos testimonios, ¿quiénes son los civilizados y quiénes, los bárbaros? Quizás la civilización blanca no sea tan civilizada ni la barbarie indígena, tan bárbara...

Para culminar nuestra excursión por la literatura de frontera, proponemos leer algunos fragmentos de una de las novelas que reescriben el género, *Ema La cautiva*, de César

¹¹ Citado en LIVON-GROSMAN, E. (2003): *Geografías imaginarias*. Beatriz Viterbo. Rosario.

Aira¹². Las dicotomías y estereotipos de “*La Cautiva*” se relativizan, renovando y complejizando la configuración de los sujetos fronterizos y de la propia frontera.

“[El ingeniero] echó una mirada de reojo a los presos, preguntándose cómo soportaban la inmovilidad. (...) Apenas durante media hora, al crepúsculo y bajo la más extrema vigilancia, los desencadenaban y les permitían salir de la carreta (...). Se preguntaba qué interés podía tener el ejército en transportarlos costosamente a los fortines, si ya casi no vivían. Claro que ignoraba qué se hacía en aquellos límites del mundo.

(...) De pronto una mujer le pidió un cigarrillo con voz ronca (...). Los oficiales solían separar algunas mujeres por la noche y llevarlas a sus recados. En el primer arroyo al salir de Buenos Aires, les habían hecho bañar y cortar el pelo al rape, pero desde entonces las iniciativas higiénicas habían sido muy limitadas...” (18-19)

“En aquellas penumbras aún visibles los convictos eran figuras grotescos; casi desnudos, con brazos y piernas finas como ramas y los vientos abultados, se movían con torpeza y desgano. Las mujeres parecían enanas, muñecas delgadísimas. Pasado un momento, ya sólo se veían las siluetas, con un ocasional resplandor en las cadenas mojadas...” (44)

“Podría decirse que en aquel entonces Azul era una típica población del desierto: no más de cuatrocientos blancos, casi todos ellos aglutinados en un fuerte palaciego, y entre cinco y seis mil indios mansos que lo hacían todo mientras sus amos cultivaban un ocio poblado de ensoñaciones económicas o militares.” (21)

“[Ema] pensó ir a buscar algo para el desayuno. El marido no se despertaría hasta la hora de volver al cuartel; ayer había sido su día franco y lo había pasado bebiendo y jugando a los dados.

Sin más ruido del que había hecho al salir, entró y se puso un vestido que le habían hecho, como toda la ropa de la aldea, las indias. Puso la cesta sobre la mesa y miró al niño (...). Con él en sus brazos (...) salió.

(...) Igual que todas las mañanas, la escena en el prado era abigarrada y vistosa. A la derecha, en las lindes del bosque, se encontraba la toltería de los indios mansos acogidos a la protección del fuerte.

(...) Varias indias e indios, más dos o tres mujeres blancas, esperaban a que se asaran las sargas de grandes pescados abiertos, simétricos como mariposas, la convidaron con melones silvestres, del tamaño de manzanas y sabor agrio.

(...) Un largo rato más tarde, se encaminaba al poblado de regreso, sola. Les había dejado el niño a unas pequeñas indias que jugaban a las cautivas todo el día. Llevaba las provisiones en una bolsa: huevos, hongos, leche y una lata de té...” (pp. 55-60)

“...En ese momento una de las paredes del rancho se desgarró de arriba abajo como un papel mojado. (...) El matrimonio sorprendido, en el lapso de esos segundos de estupor, comprendió que la aldea había sido objeto de un ataque sorpresivo disimulado por la tormenta.

(...) Ema corría encorvada sobre el niño, Gombo [su marido] con el sable en alto.

(...) La luna había salido solamente para mostrarle a Ema la mirada del salvaje, que vino hasta ella y se inclinó, sin apearse; la tomó por debajo de los brazos y la sentó sobre el cuello del potro (...). Se marcharon. La perspectiva de Ema cambió. Corrieron entre los ranchos incendiados; los fuegos era de un violeta azulado, muy frío. (...) Se

¹² AIRA, C. (2005): *Ema La cautiva*. El otro el mismo. Mérida.

volvieron y el caballo corrió hasta alcanzar el grueso del malón, cargado de mujeres...” (pp. 107-109)

“Ema pasó dos años entre los indios, dos años de vagabundeos o inmovilidad, entre las cortes, a veces a merced de los caprichos de algún reyezuelo, otras apartada en las pequeñas compañías que formaba la juventud, intocables por su ambigüedad de soberanía, siempre. Fue quizás el momento decisivo de su aprendizaje adolescente. Aprendió el detalle más característico del mundo indígena, que era el contacto indisoluble de la etiqueta y licencia. Etiqueta del tiempo, licencia de la eternidad. Visión y reposo. El sonido soñoliento del agua. Para eso vivían.

(...) Aunque no se distinguía en nada de las indias, en la piel oscura y los rasgos mongoloides, su historia la clasificaba como blanca, y más aún, cautiva, título romántico que inflamaba la imaginación de los salvajes. Aunque los caciques tenían una indiferencia perfecta: cientos de cautivas pasaban por sus manos anualmente y sólo una perpleja intervención podía turbarlos. Con todo, la indiferencia tenía un encanto, vago pero apreciable”. (pp.134-135)

“Pringles no había cambiado gran cosa. Otros cargamentos de convictos que renovaban la población desvanecida por malones y fugas, y oficiales aún impregnados del cuadrivio de las academias que venían a tomar el puesto de otros ascendidos o desaparecidos, no habían transformado sustancialmente la fisonomía de la aldea ni la rutina del fuerte.

(...) Ema vivió sola al principio, con los tres pequeños y dos indias, en una casita abandonada en el extremo del pueblo. (...) Su experiencia es tierra de indios la volvía misteriosa para los hombres, que no reconocían en esta oscura reina a la chinita vacilante de tres años atrás. Su imaginación había madurado tanto como su cuerpo. Volvió a tomar amantes, pero las excursiones sentimentales ahora no podían ser todo para ella.

(...) Quería fundar un criadero de faisanes en Pringles, con el que podía colmar las mesas de toda la población blanca del oriente, hasta Buenos Aires. La instalación hacía necesario un pensamiento gigante, más allá de su persona, porque sólo sería rentable un criadero en gran escala, como los que había visitado en su cautiverio...

(...)El comandante quedó en trance al verla: delgada y pequeña como un duende, con la cabellera negra engrasada, ojos de india, fijos en el suelo, y hermosas manos oscuras. Su idea, expuesta en un tono impasible, parecía demente. Pero estaba enterado de que había vivido en la corte de Catriel, y la suponía provista de buenos contactos. (...)Y Ema quería comprar reproductores, lo que significaba traficar con los faisanistas, el circuito más opulento de la nación salvaje y el de mayor movilidad...” (pp. 154-156)

Mujeres cautivas de indios; otras, cautivas de soldados blancos; y algunas, niñas, jugando a ser cautivas... Indios que realizan malones y otros que negocian, crían faisanes o que, mansos, trabajan en el fuerte... Una mujer con rasgos más indígenas que de blanca española, que se desplaza del fuerte a la nación salvaje en una ida y vuelta que la transforma interior y exteriormente, la hace madurar y la coloca como mediadora de esas dos culturas... Indio y blanco, civilización y barbarie, héroe y villano; todo se mezcla, se entrecruza...Lo puro cede ante la hibridez. “*La Cautiva*” es cuestionada y reconfigurada frente a esta otra cautiva...

Palabras finales

“Una vez más la literatura ratifica que libros, escritos y lectores, de cualquier tipo que sean, atraviesan las fronteras de la ‘civilización’ y la ‘barbarie’ mostrando la contaminación que suele acercar-indefectiblemente- esos opuestos.”

Graciela Batticuore

Compartir con nuestros alumnos estos fragmentos y también otros que puedan enriquecer nuestra incursión; guiar la lectura y escuchar los significados que se desprendan de ella; todo esto, nos parece, permitirá deconstruir ese modelo que estructura la historia de “*La Cautiva*”, resquebrajarla..., y comenzar a ver, a través de sus quiebres, esas otras cautivas, esos otros indios y todos esos sujetos fronterizos, cuyas historias, a pesar de estar en los bordes de la Historia Oficial, la complejizan y reconstruyen.

Bibliografía

Corpus literario:

- AIRA, C (2005): *Ema La cautiva*. El otro el mismo. Mérida.
- ECHEVERRÍA, E. (2006): “*La cautiva*”, en *La cautiva-El matadero*. Ed. Terramar. La Plata.
- GUTIÉRREZ, E. (1956): *Croquis y siluetas militares*. Hachete. Buenos Aires.
- HUX, M. (1999): *Memorias del excautivo Santiago Avendaño*. El elefante blanco. Buenos Aires.
- MANSILLA, L. V. (2004): *Una excursión a los indios ranqueles*. Agebe. Buenos Aires.
- PRADO, M. (2007): *La guerra del malón*. Claridad. Buenos Aires.

Corpus crítico:

- ANDERNANN, J. (2000): *Mapas del poder. Una arqueología literaria del espacio argentino*. Beatriz Viterbo. Rosario.
- BATTICUORE, G., L. El Jaber y A. Laera (comps.). (2008): *Fronteras escritas. Cruces, desvíos y pasajes en la literatura argentina*. Beatriz Viterbo. Rosario.
- IGLESIA, C. y SCHVARTZMAN (1997): *Cautivas y misioneros. Mitos blancos de la conquista*. Catálogos editora. Buenos Aires.
- LIVON-GROSMAN, E. (2003): *Geografías imaginarias*. Beatriz Viterbo. Rosario.
- MASIELLO, F. (1997): *Entre civilización y barbarie. Mujeres, nación y cultura literaria en la Argentina moderna*. Beatriz Viterbo. Rosario.
- ROTKER, S. (1999): *Cautivas. Olvidos y memoria en la Argentina*. Ariel. Buenos Aires.